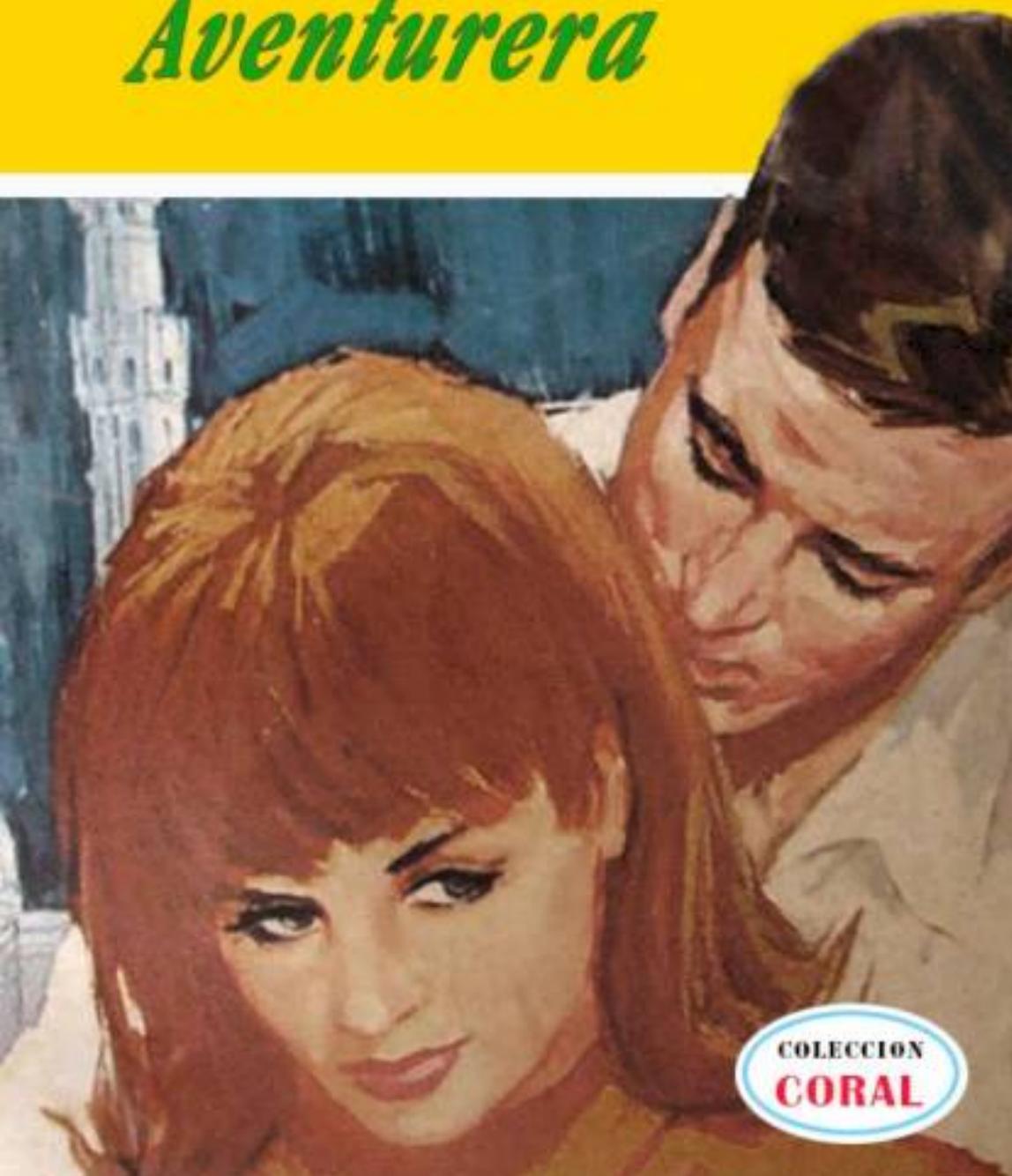


Corín Tellado

Aventurera



COLECCION
CORAL

Curk Hayward es un joven millonario prometido por razones familiares y financieras a una chica de su mismo nivel social. Su destino parece inalterable. Pero se encuentra con Evora Brown y comienzan las dudas.

Ella es una muchacha sencilla, apacible, que sabe dar sin pedir nada a cambio. Curk entabla una relación con Evora que dará mucho que hablar y pondrá en peligro la reputación y los planes de ambos.

Capítulo 1

—¿Qué te parece, Curk? Está muy bien, ¿verdad? Es regalo de mi tía Peti. Quiere ser la madrina, pero mamá dice que le pertenece a ella. Peti es tan romántica... ¿Me oyes, Curk?

El aludido se agitó. Era un hombre alto, muy delgado, de pelo rubio oscuro y ojos azules de expresión indefinible. Frío y áspero, y a la vez, allí, en el fondo de las pupilas, se apreciaba a veces una lucecita de humanidad, pero... muy pocas veces. Tenía treinta años y estaba prometido a la joven que le hablaba desde que dejó Oxford, y de ello ya hacía muchos años. Pertenecía a la mejor familia de Penzance. Las más prestigiosas industrias, mineras y pesqueras, eran de su ilustre padre, *sir* Lewis Hayward Grey, y su novia, Mildred Lawson, era hija del socio de su padre, el honorable *sir* Gerald Lawson; pensaban casarse aquel invierno. Estaban contemplando el coquetón inmueble que la tía de Mildred pensaba darles como regalo de boda.

Curk la oía, por supuesto, pero, como siempre, estaba distraído y parecía estar a miles de leguas de distancia. Mildred, que se hallaba habituada al carácter particular de su prometido, no pareció molestarse. Asió con sus dos manos el brazo de Curk, y juntos traspasaron la verja.

Mildred era una mujer alta y fina, de aristocrático porte. Ya no era una colegiala. Tendría por lo menos veintisiete años, y hacía diez que lucía en el dedo una sortija de brillantes, símbolo de su compromiso con Curk Hayward. Era rubia y tenía ojos azules de altivo mirar.

—¿Qué te parece el parque? —Y sin esperar respuesta, añadió—: Cambié el cenador y estas macetas. No me agrada la estructura de la terraza central. Diré a papá que lo cambie todo. ¿No te parece que hemos de realizar aquí grandes obras para que esto se convierta en un hogar moderno y cómodo?

Curk alzóse de hombros. Estaba pensando que se hacía tarde, que el sol declinaba y él tenía una cita. No obstante, se abstuvo de decirlo. Correcto, pero distante, era cortés a su prometida.

—Jully dice que si fuera ella la dueña de este chalet dejaba los parterres tal como están. Jully es una maniática, ¿verdad?

¡Las ocho! Empezaba a oscurecer. Evora lo estaría esperando.

—Curk, cariño...

—¿Sí?

—Pareces tan lejos de todo esto...

—Estoy a tu lado —indicó Curk, con su habitual indiferencia.

Mildred pensó, aunque fugazmente, que Curk antes no era tan seco y tan distante. Pero, bueno, tal vez ello se debiera a los años. Había cumplido treinta, estaba madurado. Ya nunca sería aquel joven dicharachero y feliz que durante las vacaciones era el compañero ideal. ¡Qué veranos más felices había pasado allí! Bueno, había que pensar en serio. Ella no era una niña romántica.

—¿Entramos? —propuso ella.

—¡Oh, no! —Y consultó el reloj—. Ya es tarde. Otro día.

—Acaban de dar las ocho.

—Por eso mismo.

—¿Y te parece tarde?

—Lo es. Volvamos al auto.

Este se hallaba aparcado en la carretera. Era un «Jaguar» propiedad de Curk, de línea estilizada, de color azul pastel, y todos los habitantes de Penzance lo conocían.

—Me gustaría ver su interior.

Curk se impacientó. Y era lo bastante flemático para no impacientarse con facilidad. No obstante, aquel día estaba de mal humor.

—Lo sabes de memoria, Mildred —dijo—. Yo también lo sé. Si quieres hacer alguna reforma, que te acompañe tu madre o mi hermana.

—Querido...

Curk caminaba despacio hacia el auto. Su decisión de dejar aquel lugar no admitía réplica. Mildred se mordió los labios y lo siguió a regañadientes.

Ya en el auto, de regreso a casa, ella exclamó de pronto:

—¿Qué te parece si volviéramos mañana?

—Ya te dije que yo no puedo. Tengo muchas ocupaciones.

—Siempre estás ocupado. ¿Ocurrirá igual cuando nos casemos?

—Soy hombre de negocios. Debes pensarlo así.

—Desde luego. Pero observo que mi padre también es hombre de negocios y rara vez deja a mi madre.

—No me gusta imitar a nadie, Mildred —cortó, frío.

Mildred mordióse los labios y no contestó.

Llegó a casa (un hermoso palacio enclavado en lo alto de la colina) y se cambió de ropa en un instante. Iba a salir. Eran las ocho cuarenta y cinco. Evora era una buena chica, pero tenía poca paciencia, como todas las mujeres.

Descendía hacia el vestíbulo cuando su padre atravesaba este en compañía de un elegante señor y de un joven

que llevaba una cartera de piel bajo el brazo, lo que indicó a Curk que se hallaba ante un socio de su padre y su secretario. Esto le contrarió en gran manera. Conocía lo bastante a su padre para saber que iba a reclamarlo. Así fue, en efecto.

—Hola, Curk. De ti estábamos hablando. Síguenos al despacho. Hemos de tratar de algunas cosas importantes.

Evora tendría que esperar. Por orden de su padre y como único hijo varón de la ilustre familia, había estudiado leyes, tomando, al finalizar su carrera, el timón de los asuntos de su padre.

Era jefe, administrador y consejero de la gran firma *Hayward Lawson y Compañía* y, sin su parabién, jamás se firmaba un acuerdo.

Disimulando su mal humor, correspondió cortés al saludo del señor que le era presentado, y todos se dirigieron al despacho. Dos horas después, él y su padre despedían a mister Blu y su secretario en la puerta principal de la casa. Eran justamente las diez y media y el gong había tocado para la comida.

Sir Lewis lo asió del brazo y juntos entraron en la casa.

—Estoy muy orgulloso de ti, Curk —dijo el caballero—. Hemos de reconocer que desde que tú tomaste las riendas de mis negocios estos han subido un porcentaje tentador.

Curk no contestó. Pensaba en Evora. Después de comer tendría que ir a verla. Un poco tarde... Sí, pero sabía que Evora lo esperaría hasta la hora que fuera. Era lo que más admiraba en ella. Su ternura para disculparlo tantas veces como faltaba a sus citas.

De pronto, *sir Lewis* le contempló fijamente.

—Curk, después de comer, mientras tu madre y tu hermana oyen música en el salón, tú y yo pasaremos a mi despacho —dijo con un tono muy distinto del empleado anteriormente.

—¡Oh, pues...!

—Tengo que hablarte.

—¿No... podías dejarlo para mañana?

—No. Es un asunto urgente.

No podía ver a Evora ni siquiera a las once. Bueno, lo dejaría para el día siguiente. Evora, como siempre, lo disculparía.

Durante la comida hablaron de negocios, de la boda que luego tendría lugar y del chalet que tía Peti les regalaba.

Lady Magda, una dama de altivo y aristocrático porte, parecía entusiasmada con la idea Jully, que tendría veinte años, soñaba con ser la dama de honor. Solo Curk y *sir* Lewis parecían muy ajenos al entusiasmo de las dos mujeres.

Cuando pasaron al salón, *sir* Lewis se disculpó y se llevó a su hijo cogido por el brazo. Curk se preguntaba qué podía desear de él su padre para exigirle cerrarse en su despacho. Alzóse de hombros. Cualquier asunto de negocios. Su padre era así, nunca podía dejar para el día siguiente lo que pensaba a cualquier hora.

En el salón decía Jully a su madre:

—Estoy tan emocionada, mamá... ¿Cuándo se casan?

—¡Oh! Aún no lo sé. No se hizo la petición oficial, ni se señaló la fecha de la boda. Pero creo que pronto, Curk ya no es un niño y Mildred tampoco ha de esperar mucho.

—¿Sabes, mamá? Mañana iré con Mildred al chalecito. Hemos de hacer algunas reformas y Mildred se empeña en que la acompañe.

—Me parece muy bien.

—¿Cuándo tendré yo un prometido, mamá?

—Pero, niña...

—Ya he cumplido veinte años.

—Estás naciendo.

—¡Oh!

Y se quedó muy triste.

Lady Magda le puso una mano en el hombro y le susurró al oído:

—Alfred te admira mucho.

—¡Oh!

—Te lleva unos años —siguió diciendo la dama—, pero pertenece a la familia Lawson y eso es muy significativo.

—¿Alfred Lawson? —se extrañó Jully—. Pero, mamá, es tan mayor para mí.

—Solo tiene un año más que Curk y está soltero, y además, a todos, tanto a los Lawson como a nosotros, nos gustaría emparentar por partida doble.

—Siéntate, Curk.

El joven obedeció. El despacho particular de Lewis se parecía a él. Era severo y oscuro, con muebles pesados y retorcidos, y sentado tras la gran mesa de trabajo, llena de papeles, el caballero adquiría una sobriedad que, por un instante, intimidó un tanto al joven.

—¿No podríamos dejar para mañana el asunto de que deseas tratar?

—Por supuesto que no. Fuma —encendió un habano y ofreció otro a su hijo.

Este dijo con una leve sonrisa:

—A esta hora prefiero mis cigarrillos, papá. Perdona.

—Fuma lo que sea. Dos hombres, entre espirales de humo, se entienden mejor.

—Por lo que observo, no es asunto de negocios. Nunca hay antagonistas entre nosotros en el terreno comercial. Siempre estamos de acuerdo.

—En efecto, no se trata de negocios sino de algo muy distinto.

Hasta aquel instante, Curk no se dio cuenta de que su padre iba a hablar de Evora. ¿Quién le había puesto al corriente de aquellas cosas? No se inquietó. Después de todo, un devaneo lo puede tener cualquier hombre, y él era un hombre como los demás, o quizá más apasionado que

muchos, aunque nadie lo comprendiera así, dada su adustez y frialdad aparente.

—Muchacho, sé que haces frecuentes visitas a una casita a orillas de la ribera.

—¡Ah!

Sir Lewis abrió una carpeta, dejó el habano colgado de la comisura izquierda y, cerrando a medias un ojo, sacó un papel, lo agitó y añadió:

—Se llama Evora Brown. ¿De dónde procede ese nombre y la mujer que lo lleva?

Curk curvó la voluntariosa boca en una fría sonrisa.

—¿Importa mucho?

Sir Lewis cerró la carpeta, se repantingó en la butaca y, sin quitar el habano de la boca, metió los dedos entre los tirantes y la camisa. Se quedó mirando a su hijo escrutadoramente.

—¿Qué pasa, Curk?

—¿Pues qué pasa?

—Soy hombre, muchacho y, por tanto, conozco las debilidades de estos, pero por la misma razón, no ignoro que nunca se deben tomar en serio ciertos pasajes de la vida.

—¿Y quién te dijo que yo tomo en serio esos... llamados pasajes?

—¡Ah! Era lo que deseaba saber.

—Pues ya lo sabes. ¿Puedo retirarme?

—No, no, claro que no. No terminamos.

—Prosigue, pues.

—¿Cuándo empezó eso?

—Hace... ¡qué sé yo!

—Muchacho, muchacho, esas debilidades son un tanto peligrosas. Tú —añadió, apreciativo— eres un hombre sensato. Conoces la gran responsabilidad de tu nombre y a lo que este obliga. De eso no tengo la menor duda. Por eso no puedo ni debo reprocharte ese devaneo, mas... ¿No dice el refrán que el que anda con fuego se quema?

—No me quemaré, papá —rio Curk, cachazudo—. Pierde cuidado.

—Mildred es tu prometida, te vas a casar con ella. ¿Por qué devanarte los sesos en placeres falsos? Porque no es solo un placer, muchacho. Conozco el asunto. Es una lucha cerebral... ¿Sin importancia?

—Me parece, papá, que vas muy deprisa —dijo de pronto Curk, con breve sonrisa irónica en la cuadrada boca—. He de decirte que Evora Brown no es mi amante.

—¡Oh, oh!

—¿Queda esto bien sentado, *sir* Lewis? —preguntó con voz firme, pero con burlona sonrisa.

—Bueno. Entonces, ¿qué esperas de ella?

—Tal vez lo será un día. Al menos esa es mi intención, pero aún no es así. Y en cuanto a Mildred... —hizo un gesto con la mano que indicaba indiferencia— será mi esposa, pero nunca me someteré a sus caprichos. Si deseo tener una amante la tendré, no te quepa la menor duda, y Mildred tendrá que admitirlo así.

—Nunca tuve una amante —apuntó con dureza *sir* Lewis—. Me consagré a mi esposa y a mis hijos y jamás se me ocurrió pensar que había otras mujeres que podía alcanzar.

—Papá, somos distintos. Permíteme que lo diga.

—Ya lo veo. —Y con súbita energía—: Curk, te he llamado aquí para decirte que no hagas daño a esa joven. Tú no puedes casarte con ella, déjala para otro hombre que la eleve, no que la envilezca.

Curk no contestó. Se puso en pie y consultó el reloj. Las doce. Se iría a la cama.

El joven bostezó. Sonrió y, agitando la mano, se fue sin responder.

Capítulo 2

—¿Qué hay?

Y Ruth se tendió en el sofá cuan larga era, al tiempo de hacer la trivial pregunta.

—¿No ha venido tu aristócrata?

Evora alzóse de hombros sin responder. Se hallaba hundida en una butaca y tenía las piernas cruzadas una sobre otra, balanceaba un pie, y entre los labios tenía, un cigarrillo.

Ruth se incorporó sobre un codo y la contempló fijamente.

—¿Ha venido o no?

—No ha venido.

Ruth se sentó de golpe y quedó con las piernas encogidas y el busto tenso. Era una muchacha de unos veinticinco años, aunque aparentaba menos. Rubia, de ojos azules, reidores, alegres. Trabajaba en una oficina y vivía de pensión en el piso superior de Evora. Había hecho amistad con esta casi a raíz de la llegada de Evora a Penzance. Había unos años de diferencia en la edad, pero eso no era obstáculo para que se apreciaran de veras. Ruth, siempre que podía, y podía a todas horas que tenía libres lejos de la oficina, bajaba al piso de Evora.

Por tanto, conocía su amistad con Curk Hayward, y no le agradaba.

—No ha venido —repitió Ruth, desdeñosa—. Mejor para ti. —Y con rabia—: ¿Sabes que detesto a ese hombre?

Evora no se inquietó. Con serena voz, aquella voz queda, profunda y seria, replicó con sencillez:

—Yo le amo.

Ruth exclamó, malhumorada:

—¿Eres tonta, Evora? ¿O te haces? ¿Qué esperas de ese hombre? Tú no le conoces bien. Pero yo nací y viví aquí. Sé de todos los habitantes. Hasta los planes que tiene cada cual, y, por tanto, sé que Curk Hayward está prometido a esa pava de Mildred Lawson desde que nació, como el que dice.

—Me has dicho eso desde que le conocí.

—Y como si nada.

Evora juntó las manos y las agitó nerviosamente.

—Como si nada —dijo, pensativa—. No lo puedo remediar.

—Hija, me descompones.

—Lo siento.

Y se puso en pie. Fue hacia la ventana, levantó el visillo y volvió al lado de Ruth, sentándose frente a ella.

Evora era una joven de unos veinte años. Tenía el pelo rojizo, verdes los grandes ojos. Era esbelta y fina y, sobre todo, muy suave. Pero lo que más llamaba la atención de su persona eran los ojos de melancólica expresión. No tenía aspecto de aventurera. Muy al contrario, parecía una joven exquisita, con más espíritu que materia, y así era en realidad. Por eso, Ruth no comprendía aquella amistad con un hombre rico a quien todos en Penzance consideraban casi como casado.

Había nacido en Londres y trabajó allí como modelo hasta que enfermó su única tía. Esta poseía aquel piso y unos pequeños ingresos que al morir legó a su única sobrina. Evora se trasladó de Londres a Penzance, buscó trabajo

en una casa de modas y, con la pequeña renta que le dejó su tía y su trabajo, vivía bien y sin apuros, lo cual, según Ruth, le permitía llevar una vida alegre y sana, muy lejos de amistades perniciosas. ¿Qué cómo conoció a Curk? Del modo más simple. Regresaba de su trabajo. Llovía a torrentes. Se refugió en un portal. Él, Curk, bajaba de aquella casa. Llegó al portal, lanzó una mirada a la calle. Un Jaguar estaba aparcado ante la casa. Pero llovía de tal modo que era imposible atravesar la calle sin empaparse. Esperó y comentó algo con referencia al tiempo. Así empezó. Cuando amainó la lluvia, se ofreció a llevarla a casa en su coche. Evora aceptó. Se dijeron sus nombres respectivos, y al día siguiente volvieron a verse. ¿Por casualidad? Evora nunca lo supo. Desde aquel día se vieron otras muchas veces. Una tarde de domingo, Curk subió a saludarla, pues hacía dos meses que no la veía. Desde entonces subía siempre. Nunca hablaron de su novia. Evora sabía que estaba prometido, por Ruth. Por esta supo también a qué familia pertenecía y muchas otras cosas. Ello no disminuyó su interés por Curk Hayward.

—Evora, déjame que te diga que Curk se casará muy pronto —dijo Ruth.

Evora estaba de nuevo sentada y encendía nerviosamente un nuevo cigarrillo. Fumó a borbotones, como si solo supiera hacer aquello. Su semblante apacible parecía un tanto crispado, pero aun así, no saltó en insultos ni se echó a llorar.

Ruth, malhumorada, continuó:

—Conoces a la vieja Peti...

—No conozco a nadie, excepto a ti y mis compañeras de trabajo.

—Bueno, pues te diré que *lady* Peti es una vieja millonada, hermana de *lady* Lawson.

—Tía de...

—Sí. Le regala un chalet maravilloso en la periferia de la ciudad. Allí van a vivir los novios, Curk y Mildred. ¿No dices

nada?

—No.

—¿No? ¿De qué estás hecha, criatura?

—Ruth, ¿qué puedo hacer? Me enamoré de Curk casi al instante de verlo en aquel portal. Fue inevitable.

—¡Santo cielo! A mí no se me hubiera ocurrido enamorarme de un hombre que está prometido a otra mujer casi desde que nació. Y lo peor de todo es que se va a casar con ella.

—No pretendo que Curk se case conmigo —dijo Evora, suavemente—. Soy... como el segundo plato de un banquete.

—¿Y te conformas? —se descompuso Ruth—. ¿De qué estás hecha, hija? Tú no tienes necesidad de esa migaja de cariño. Eres muy bella y tienes el porvenir resuelto. ¿No comprendes?

Evora hizo un gesto, como diciendo: «¿Y qué puedo hacer?».

—Evora, amiga mía, sé razonable. Pensemos las dos con cordura.

—Ruth, yo preferirla que te mantuvieras al margen.

Ruth estalló.

—¿Eres su amante?

—No —replicó, serenamente—. Aún no.

—¿Cómo? ¿Aún? ¿Estás loca? ¿Es que no tienes dignidad?

—Prefiero no hablar de eso.

—Dios de Dios, Evora. Ese hombre te enloqueció. Y si esperas que se case contigo...

—¡No lo espero! —cortó firmemente.

—Es que sería tonto que lo esperaras. Tú no conoces a *sir* Lewis ni a *lady* Magda. Son gentes pegadas a sus pergaminos y millones, y Curk es una digna continuación de sus padres. ¿Crees que le van a prohibir que se vea contigo? Claro que no. Conozco a la gente. Será como un galardón para ellos que su hijo tenga una amante. Y si crees que Mil-

dred se va a oponer... Esa gente cree tener todos los privilegios y considera normal que los hombres se distraigan. ¿Qué importa que sea un coche último modelo o una mujer desamparada?

—¡Ruth!

—Ya lo sabes.

Se puso en pie. Evora la contempló con tristeza.

—Querida, piensa que puedes ser amada por un hombre honrado y cabal —insistió Ruth, ya calmada y con tono de súplica—. ¿Por qué has de ser el juguete de un hombre rico?

—No amo a Curk por su riqueza.

—Sí, hija, sí, ya lo sé. Yo te conozco, pero ellos...

—Solo quiero que me conozca Curk. —Ruth ya no pudo más. Fue hacia la puerta y se detuvo en ella con un estallido de cólera.

—Eres una estúpida criatura, Evora.

—Ruth...

—¿No comprendes que serás el blanco de todas las miradas?

—¿Y qué puedo hacer para evitarlo?

—Cerrar estas puertas a ese hombre.

Evora apretó las manos una contra otra. Con voz impotente, dijo:

—Nunca me faltó al respeto. Pero si me faltara...

—Caerías en sus brazos.

Se pasó una mano por la frente y la acarició, nerviosamente.

—No lo sé... ¡Oh, no! No puedo saberlo. Yo nunca me enamoré. Es la primera vez.

—Pero el amor de tu vida se va a casar con una de su clase.

—Ya.

—¿Y eso no te inquieta?

—Me entristece —dijo bajo, como anonadada—. Me entristece mucho.